

que se pusiese en cura. El buen Padre, para no echar á otro la carga, empezó á suplir en la escuela y siguió desempeñándola hasta que el novicio se mejoró. Domingo Pescatori, colornés, estudiante que fue en el colegio de San Estévan, testifica haber visto al P. Pignatelli suplir al maestro Tito Cecconi, y haberle tomado muchas veces la lección dicho P. José¹.

Pero más singular aún fue el caso siguiente. Sintióse ligeramente resfriado el H. José Grassi, cocinero de la casa: el Padre Pignatelli le oyó toser, y le reconvino con dulzura por que no le había manifestado á tiempo su indisposición, y le mandó meterse en la cama. Excusóse el buen Hermano diciendo que no era el mal para tanto; á más de que, no había en casa quien entendiese de cocina sino él: á lo que replicó el Padre: «Vos, idos á acostar, y dejad eso á mi cuidado. ¿Por ventura no hallaré en todo Colorno quien como vos, y algo mejor, desempeñe vuestro oficio?» No tuvo el cocinero más recurso que bajar la cabeza y obedecer: y yendo poco después á visitarle el P. Pignatelli y á llevarle algún remedio, le dijo con apacible rostro y sonriéndose: «Esté tranquilo mi Hermano José, que por buena ventura he hallado ya un cocinero, que nos ha de tratar muy bien. Pensad en ponerlo bueno pronto, y nada más.»

Fuese por curiosidad, ó porque barruntase el Hermano lo que iba á suceder, apenas se ausentó el Siervo de Dios, mandó á uno que espíase quién era aquel nuevo y tan elogiado cocinero; y se encontró que era el mismo P. Pignatelli, que encerrado en la cocina, estaba en faena aparejando la comida para la comunidad. Supieronlo los novicios, y al momento bajaron á suplicar á su Padre que por Dios dejara aquel penoso trabajo: pero él, sin soltar lo que tenía entre manos, dijo: «No, eso no: podéisme ayudar, si os place; pero el hacer de cocinero me toca á mí, que soy yo nacido para este oficio.»

Y no se crea que fue toda exageración este dicho del improvisado cocinero. Óigase al H. Annoni cómo habla de la habilidad

¹ *Process. Parm.*, fol. 585.

del Padre en esta materia: «He oído decir á los Padres españoles antiguos que era excelente (*sic*) en hacer las tortillas, y en volverlas sin el auxilio de los otros¹.» Así fue que siguió por algunos días sirviendo á los sanos y al enfermo, á quien se empeñó en llevar él mismo, como enfermero, diariamente la comida y la cena. En este suceso no es fácil decidir qué virtud descolló más, si la humildad ó la caridad. Lo cierto es que ambas campean en grado eminente. Nota el H. José Grassi, que cuando él era cocinero, se le sujetaba de tal suerte el P. Pignatelli siempre que iba á fregar, que nunca dejaba el trabajo hasta que él le decía «basta².»

En la solicitud que le merecieron las almas de sus hijos, fueron las industrias de su caridad muy parecidas á las que leemos haber empleado San Ignacio. Era muy celoso de la observancia regular, y la quería ver puntualmente practicada así por jóvenes como por ancianos, y mas aún por estos, cuyo ejemplo suele hacer tanta impresión en los jóvenes. Si alguno faltaba en algo, aunque fuese cosa ligera, no había respeto humano que le estorbara avisarle y corregirle según su merecido; si bien no usaba de la misma táctica con todos, sino que se acomodaba á la índole, naturaleza y hábitos de cada uno, y á la diversa disposición del mismo sujeto en varias circunstancias. Y es muy de notar que esta desigualdad no era nunca motivo para que el P. Pignatelli se apartara un ápice de aquel tenor de suave cordialidad que se había propuesto seguir siempre en la dirección de sus súbditos.

Nunca salieron de su boca palabras de resentimiento, ni mucho menos expresiones despreciativas, ni fórmulas que agravasen demasiado la falta ó confundieran más de lo justo al delincuente. Una amorosa mirada solía bastarle para advertir de su yerro al súbdito: y eran tan eficaces sus miradas, que sin hablar hacía entender más de lo necesario. Á otros les ponía por delante el remedio para la enmienda, pero á manera de quien pide con-

¹ *Process. Rom.*, fol. 416.

² *Ibid.*, fol. 143.

sejo, y como si él mismo fuese el reo y deseara saber cómo expiaría la culpa.

Otras veces no hacía más que citar la regla, ó una sentencia de Jesucristo ó de algun Santo, á propósito del defecto que deseaba corregir. Un novicio, al salir de su cuarto, no acompañó con la mano la puerta, que empujada por el viento, dio un ruidoso golpe contra el cerco; y encontrándose en aquel punto con el P. Pignatelli, este se le acercó, y con blanda sonrisa le dijo: «Tal Santo Padre, (y nombróle), es de opinion que no solo se falta al silencio con la lengua, sino tambien haciendo en casa cualquier ruido que moleste á la comunidad.»

Defectos de alguna consideracion no los corregía en el acto, sino esperaba que llegase ocasion oportuna, y daba tiempo al culpable para que entrando en sí mismo, reconociese con ánimo reposado su culpa. En público no reprendía sino rarísima vez, y más en tono de chanza que de seria reprension. Con los más débiles en la virtud daba mayor tregua, y les pasaba muchos yerros sin decirles palabra, mirando siempre á que ellos mismos, cayendo en la cuenta, se acusasen é impusiesen la pena para perdonarlos él entonces ó disminuirla.

Si veía recaer á alguno á menudo en los mismos defectos y poner poca atencion en la enmienda más por inconsideracion que por obstinada voluntad, el buen Padre le llamaba á su cuarto, y allí á solas sentándole á su lado y sin sombra de ceño, sino con rostro y entrañas paternas, le decía: «Hijo mío, tal cosa no está bien; es contra la regla: en otros tiempos se imponía por ella una penitencia; pero ahora no, porque quiero más bien que reconozcáis vuestra falta y no la volváis á cometer.»

Herian tan en lo vivo del corazon estas expresiones de ternura, que arrancaban lágrimas de arrepentimiento y propósito firme de la enmienda. Y al tratar de culpas, no aludo á cosas mayores, que ofendiesen á Dios ó quebrantasen su ley; sino á leves inobservancias y en apariencia de muy poco momento, pero que el P. Pignatelli quería que estuviesen muy lejos de los suyos, porque ponen un óbice á la perfeccion; y si á tiempo no

se arrancan, crecen, y sin saber cómo, conducen á la relajacion en el servicio de Dios.

Era grande su solicitud paternal en socorrer á los súbditos, cuando los veía afligidos y tentados. Su aposento siempre estaba abierto para quien tuviese necesidad de aconsejarse ó consolarse con él: y nunca, por muy ocupado que estuviese, despidió á ninguno sin oírle ó citarle para otro rato. Tenía dada orden que nadie le economizase, ni aun en el tiempo de la meditacion: y así era que los novicios, con plena libertad, si no siempre con discrecion, acudían al maestro con bagatelas y niñerías, y le daban ocasion de ejercitar su heroica paciencia, oyéndolos sin dar muestra de fastidio, y pronto siempre á consumir con ellos horas enteras y acortar por su causa notablemente el descanso de la noche; y esto siempre con rostro tan halagüeño y alegre, que solo el verle les ensanchaba el corazon é infundía una confianza sin límites.

Había mandado abrir en un rincon de su cuarto una ventanilla, que daba frente por frente al altar del Santísimo, ante el cual se pasaba de rodillas muchas horas del día en dulce comunicacion con su Dios; pero no bien oía llamar á la puerta, se ponía de pie, y enjugándose las lágrimas y tomando un aire festivo y cortés, como si saliera de la recreacion y no del trato con Dios, recibía á quien llamaba, y entreteníase con él en amena conversacion todo el tiempo que era menester. Si al andar topaba con alguno que diese muestras de turbacion ó melancolía, se acercaba á él, y con amable rostro le decía: «Qué es eso? ¿porqué andáis tan triste? ¿qué tenéis? Vamos, decídmelo á mí que soy vuestro padre. Ánimo, y estad alegre, que los siervos de Dios nunca tienen por qué no estarlo: *Iusti exultent in conspectu Dei, et delectentur in letitia.*» Otras veces, como leemos de San Francisco á sus religiosos, «Si habéis pecado,» decía, «confesaos y luego estad alegres.»

Mas cuando llegaba á advertir que el enemigo trabajaba en secreto para conducir á perdicion una alma, entonces la afectuosa caridad del buen Padre no dejaba piedra por mover á fin de

descubrir lo que el demonio pretendía se tuviese cerrado y oculto en el pecho. Llamaba el P. Pignatelli á quien veía en tamaña tribulacion, y de silla á silla con demostraciones y palabras de paternal cariño, «Hijo mío,» le decía, «contadme vuestros apuros: no temáis, que soy vuestro padre; os deseo todo bien, y estoy pronto á procurároslo á todo trance, como que os amo con todo corazon: desahogaos, hijo mío, no tengáis temor ni vergüenza; yo tambien he padecido y padezco tentaciones semejantes á las vuestras.» Y con humildad y sencillez se ponía á referirle los medios de que hacía uso para vencerlas con el divino auxilio.

No había corazon tan reacio, que resistiese mucho tiempo á tan vivo desahogo de ternísima caridad: se compungían á poco, y deshacíanse en lágrimas los que le oían hablar así, y depositaban en su seno toda la afliccion; lo cual era bastante para que huyese el enemigo y entrara en su lugar un inefable consuelo. Al verlos ya en completa calma, les sugería medios para asegurarla en lo sucesivo; y al despedirlos, les suplicaba encarecidamente que cuantas veces se sintieran molestados de importunas sugerencias, otras tantas acudiesen á él en cualquier tiempo y hora, aunque fuese á la media noche, puesto que era su deber recibirlos y consolarlos. Por todo lo cual nadie se apartaba de su lado que no rebose consuelo, y con confianza, siempre más fundada, en su direccion espiritual.

Fue natural efecto de tan entrañable caridad que no solo los novicios, sino tambien algunos Padres de los antiguos, graves y provecos, se entregaran á su direccion espiritual, con la seguridad de gran provecho. Encuentro nombrado entre otros al P. Juan Andrés, aquel varon tan célebre y conocido del mundo literario por sus muchas y eruditísimas obras impresas y vertidas en varias lenguas de Europa¹. Era ya muy bueno, pero

¹ Fue natural de la villa de Planes, en el reino de Valencia. Nació en 15 de Febrero de 1740: entró en la Compañía en 24 de Diciembre de 1754. Fue uno de los que hicieron la profesion el 15 de Agosto

bajo la direccion del P. Pignatelli se mejoró y refinó hasta llegar á consumada perfeccion; por lo que en lo restante de su vida tuvo á su director en cuenta de hombre santo, y profesóle veneracion especial, como la merecía la sobrenatural discrecion que descubrió en él en las cosas de espíritu.

Y no fue el P. Juan Andrés el único ni el primero que hizo este descubrimiento. Corría la voz entre los novicios de que su Padre maestro penetraba los pensamientos más ocultos y veía claramente las internas disposiciones del corazon; y en prueba de ser así, citaban varios sucesos. Uno asegura, que entrando cierto día en su aposento, el Padre no le dejó hablar, y le declaró por entero todo lo que iba á comunicarle. Otro afirma que jamás fue á pedir consejo al P. Pignatelli sobre las cosas de su alma sin que entablase primero conversacion el Padre sobre lo que el necesitado pensaba decirle.

Manifestó siempre singular afecto de gratitud con los bienhechores. Por ligero que fuese el favor recibido, se deshacía en demostraciones de agradecimiento con los que se interesaban por su persona ó por el bien de la Compañía ó de cualquiera de sus hijos. Ofrecía diariamente oraciones por su salud al Altísimo; y á menudo iba á sus casas, aun con grave incomodidad, á darles las más afectuosas gracias que de un corazon agradecido podían emanar.

Cuando ellos iban á visitarle, recibíalos con muestras de gran júbilo y regocijo, y no creía perdido el tiempo que en agasajarlos y estar con ellos empleaba. Á los que estaban lejos les escribía cartas muy afectuosas con generosos ofrecimientos para cualquiera cosa que estuviese á sus alcances, y les suplicaba le diesen ocasion de manifestar su ánimo lleno de gratitud y deseo de corresponder. Todos los años enviaba al duque D. Fernando una cestita de fruta de la huerta en testimonio de su agradecimiento.

de 1773, un día ántes de publicarse en Roma el Breve de abolicion. Murió en dicha ciudad á los 12 de Enero de 1817.

Al paso que el P. Pignatelli era todo amabilidad y dulzura para con los demás, á sí mismo se trataba con grande rigidez y aspereza. Aunque siempre estuvo enfermizo, jamás se concedió cosa que oliese á regalo. De vez en cuando enviaba sus novicios á recrearse en el jardín del duque ó en otro sitio campestre, pero él se quedaba en casa; y si alguna vez iba por pura necesidad, no se le vio nunca oler una flor ni esparcir la vista por el horizonte para solaz y recreo del espíritu.

Desvivíase por proveer á los suyos de cuanto necesitaban, y no cuidaba de sí: y en toda ocasion escogía lo peor para su persona. Hablando en particular del vestido del Padre, dice el cardenal P. Ángel Mai¹, novicio del Siervo de Dios, que su vestido era «ya usado, perdido el lustre y lleno de remiendos,» aunque siempre muy aseado; porque tenía por principio que el religioso debía en su exterior andar «pobre sí, pero no sucio,» como dice el P. Grassi². «Tenía dos pelucas,» continúa el mencionado cardenal³, «una peor que la otra; y las iba cambiando sucesivamente sin comprar otra nueva.» «El sombrero que usó algunos años, estaba muy magullado y abollado; y al fin lo substituyó por otro basto, pesado y pequeño⁴.» Teresa Riga depone que su marido, Luis Borsani, como viese al Padre abrigado con un manteo algo ruin, le dijo: «Pues tiene V. tanto dinero, ¿cómo no se hace manteo nuevo?» Y él, sonriéndose, le respondió: «Tengo que vestir á mis hijos⁵,» esto es, á mis súbditos y á los pobres.

Jamás quiso tener dos pares de zapatos. Al entrar el invierno, proveía de ropa á los suyos con toda solicitud, y solo de sí descuidaba, y aun lo de su uso repartíalo entre los demás. Algunas veces anduvo sin almilla ó chaqueta interior, por haber dado á algun pobre la que tenía. No faltó quien al verle tan derrotado, movido á compasion, le exhortase á andar algo más compuesto,

¹ *Process. Rom.*, fols. 1106-1109.

² *Ibid.*, fol. 960.

³ *Ibid.*, fol. 1164.

⁴ *Ibid.*, fol. 1105.

⁵ *Process. Parm.*, fol. 575.

siquiera por la decencia religiosa; mas el Siervo de Dios no le dejó ganas de volver con otro consejo, diciéndole con cierta sonrisa: «Nuestra decencia está en ser pobres y parecerlo: y bien sabéis que para los verdaderos pobres todo es bueno y decente.»

Para terminar este punto, recordaré que era tan parco en el alimento, que su vida podía llamarse ayuno perpetuo. «Por la mañana,» dice Pedro Mazzera¹, «tomaba una taza de café ó chocolate, alternando esta bebida, de suerte que si á la mañana había tomado el café, á mediodía tomaba el chocolate, y viceversa: por la noche su cena era unas cucharadas de sopa, y catataba, más bien que comía, algo de carne ó de otra vianda, con una onza apenas de pan y un dedo de vino.» No permitió jamás que se hiciese para él nada nuevo ó más delicado; y á veces ni siquiera que se recalentase aquello mismo que tomaba. Padecía angustias y bascas de estómago, que con aquel alimento frío y estadizo se aumentaban, y llegaban á ser dolores crueles; y sin embargo no mudó jamás de método siempre que se lo permitió la obediencia, por no perder una partecica del padecimiento que le proporcionaba.

Viósele algunas veces recogiendo á escondidas los mendrugos de pan más duros y guardárselos para comerlos á su tiempo. Observaba exactísimamente los ayunos prescritos por la Iglesia, como tambien las abstinencias de carne los viernes y sábados, aunque estuviese muy enfermo y le aquejaran los habituales dolores, á no ser que se opusiese la obediencia al confesor, á quien defería al punto y sin la menor réplica. Á los ayunos prescritos por la Iglesia, añadía otros en las vigiliias de festividades de Nuestra Señora y de los Santos de la Compañía. Púsole el cocinero cierto día un poco de pescado más fino y sustancioso que el ordinario; y sin mirarlo siquiera, lo rehusó, dio una buena reprimenda al cocinero por aquel gasto inútil, y le mandó en penitencia que se lo comiese él allí en presencia de todos.

¹ *Process. Parm.*, fol. 251.

Para martirizar su cuerpo, tan extenuado y consumido ya por las dolencias, echó mano de disciplinas, cilicios, cadenillas de hierro, y otros desusados instrumentos de penitencia. Las disciplinas eran un tejido de cuerdecillas entrelazadas con estrellitas y pedacitos de hierro y de latón, que á cada golpe hacían saltar la sangre de las espaldas y desgarraban las carnes. Tenía dos grandes fajas de cerda y gran variedad de cadenillas con puntas de hierro para ceñirse el cuerpo; y bien echaron de ver los domésticos el uso que hacía de tales instrumentos.

«Una vez,» dice uno de ellos, «observándole yo mientras estaba en ejercicios, me pareció verle más atado que lo de costumbre, y le dije: «V. Reverencia por fuerza tiene encima algun terrible jubon de hierro.» No me lo negó, sino que con mucha maña mudó de conversacion.» Otro dice así: «Creo que el Padre Pignatelli iba siempre ceñido de cadenillas, y un día que estuve con él en Parma me movió á compasion, cuando le vi bajar la escalera del palacio episcopal como á saltos y sin poder doblar las rodillas. Siempre que tenía que bajarse, lo hacía con tanto esfuerzo, que se ponía como una grana, y observé una vez que al querer inclinarse, casi se cayó de bruces, recibiendo un fuerte golpe en las rodillas.»

Lo mismo deponen otros, y señaladamente el H. Grassi, que fue por tantos años su compañero. «Si mi palabra,» dice, «no merece crédito, no se negará por cierto á los horribles instrumentos de disciplinas de cuerda, de cadenillas de hierro y de latón, de asperísimos cilicios, tambien de hierro y cerda, y de diversas medidas; de todo lo cual tenía en grande abundancia. Del uso que de las disciplinas hacía, habla bien claramente un pañuelo en que, después de usarlas, las envolvía, y que se encontraba siempre hecho como un pastel de sangre cuajada: y certifico y depongo que yo mismo he llevado estos instrumentos en los viajes; pues de todo se olvidaba, pero nunca de tales instrumentos, tan queridos de su corazón como la mortificación de su cuerpo.» Así el H. Grassi; y en prueba y confirmacion de lo que dice, aún se conserva el pañuelo, de que habla aquí, tan lle-

no de sangre, que no lo parecería más, si se hubiese empapado y sumergido en este líquido.

Cualquiera que conozca lo que es una inveterada costumbre, que suele trocarse como en segunda naturaleza, comprenderá el valor del acto que refiere el P. Vicente Pavani. «Acostumbrado» dice¹, «el P. Pignatelli al tabaco de España, mayormente después de la supresion, para no desedificar á los otros, en especial á los novicios y escolares, se privó por algun tiempo del uso del dicho tabaco, hasta que habiéndosele hinchado la nariz y la cabeza con peligro de la vida, le obligaron los médicos á que lo tomase otra vez. Acostumbrado tambien á llevar peluca, se la quitó, cuando volvió á la Compañía en Nápoles, para no causar extrañeza, aunque era sexagenario. Yo mismo le he visto sin peluca.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 727.